

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

PUBLICACIÓN DECENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

TIRADA 8.000 EJEMPLARES

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—(Pagos adelantados)

10 números cada diez días, 2 reales al mes	
20 » » » » 1 pta. » »	
100 » » » » 5 » » »	
500 » » » » 25 » » »	
1000 » » » » 50 » » »	

Paquetes, sin suscripción de 100 núms. 2 ptas.
Incluidos gastos de correo, sin certificar.

«Este precepto os doy: Amaos los unos á los otros como Yo os he amado.»

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS)

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería «La Escolar», Corrida 73, y en el comercio «La Epoca» San Bernardo 38 y 40.

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE —Gijón.

El que todo lo prevee

I

La buhardilla se quedó sola, con una soledad mayor y más triste que la habitual, cuando la pobre viuda se iba á su trabajo en la fábrica de jabones, dejando á sus dos criaturas de tres y cinco años respectivamente en el Asilo, y al cuidado de las santas y pacientes Hermanas... La buhardilla se quedó sola, con la absoluta soledad de la muerte, y mientras se llevaban al cementerio el cuerpo de la infeliz inquilina, arrebatada en una semana por una pulmonía, acompañándole esa media docena de buenos vecinos, que no faltan nunca á dar tierra al que con ellos milita en las filas de la miseria.

La vecina de al lado, una desgraciada inútil para todo oficio complicado por faltarle una mano, se llevaba á un sotabanco á los dos niños para que «jugaran» con los tres suyos, no mucho mayores de tamaño y de edad.

A los cinco años las células grises no tienen aún ideas negras, los ojos no saben aún lo que son lágrimas de dolor, esas lágrimas que suben del corazón á los párpados como espirales de fuego. Así, los dos huérfanos, que habían llorado por haber visto llorar, se sonrieron en cuanto pusieron sus dedos inocentes en el muñeco sin cabeza, en los platos de plomo, en los armarios de madera de caja de tabaco, en los seis ó siete juguetes de á quince céntimos la pieza, comprados en cualquier tenderete ambulante cualquier sábado de cobro, que los chicos de la manca pusieron al punto á su disposición con esa fraternidad infantil que en la infancia se establece en el acto en cuanto dos muchachos se entrevistan. Y los cinco se enfrascaron en su recreo en aquella glacial habitación desmantelada, sin estera, bien que á ellos no les fueran nuevos los ladrillos sobre los que jugaban, y que con la cocina y una alcoba, dos tabu-

cos imposibles, constituían todas las piezas de la casa.

La manca los vigilaba mientras espumaba el humilde puchero, y, considerando el tierno grupo, decía con un profundo sentimiento de compasión:

—¡Ni que fuán tóos hermanos! ¿Y qué vá á ser de esos probecicos?—
¡Ah! Ese carraspeo es el de mi Juan. Ya están de vuelta del entierro.

Y fué á la puerta.

II

Entró el señor Juan, un mocetón que, no obstante el lavado exigido por la ceremonia, delataba en ciertas salpicaduras rebeldes, escapadas al restregón en la abollada jofaina de zinc, su profesión de albañil. Su primera mirada fué para aquel montón de criaturas. Sus tres chicos vinieron á él gozosos, abrazándole á un tiempo: los dos huérfanos se quedaron suspensos, acaso echando de menos por primera vez, instintivamente, otros besos iguales.

—Qué, ¿ya habéis dao tierra á esa probe?

El albañil no contestó al pronto á la pregunta de su esposa, luego dijo un sí maquinal, y de pronto exclamó:

—¿A que no sabes lo que he venío pensando por el camino?

—Tú dirás.

—Pues que la probe que hemos enterrao había sido muy güena con nosotros, y bien que me asistió cuando yo estuve con las calenturas, y... que nos vamos á quedar con sus chicos... ¿qué te parece?

La mujer se quedó perpleja, y repuso:

—Ya se me había pasao á mí por la cabeza, que donde comen cinco comen siete, pero hay que pensarlo bien... es mucha carga...

¿De dónde va á salir para tantos?

—¡Ya habrá quien lo traiga!

—¡No sé quién! ¡Yo no puedo ayudarte!

Un gorrión vino entonces á picar en el estiércol con que habían abonado un tiestecito, puesto en la única venta-

nucha sobre el tejado... El albañil le vió, é iluminado de una idea espontánea, contestó con una hermosa fé señalándole:

—¡El que da de comer á los pájaros!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

Sin piedra y sin palo

El cancer que Azzati padece en la boca tiene todos los caracteres de ser un castigo providencial.

Azzati, el antiguo paragüero y actual diputado, representante de la chusma valenciana, quiso hacer pinitos en el Congreso, meter ruido, y ya que no puede hacerlo con sus conocimientos ó su elocuencia se dedicó á blasfemar de la Santísima Virgen de los Desamparados.

¿No recordais aquella protesta que hubo en España, y sobre todo entre los elementos sanos de Valencia?

Y el pobre italiano se reía, se reía desde los periódicos repitiendo las blasfemias.

Pero es el caso que ahora sin otros precedentes que los de su saliva envenenada se le ha formado un cáncer en la lengua.

¡En la lengua!

Parece que va á repetirse el caso de Nestorio, aunque Azzati como hombre ilustrado vale muchísimo menos.

¡En la lengua!

¡Ojalá que viéndose enfermo, castigado de Dios, se convierta y salve su alma.

Y sobre todo que los degenerados que blasfeman se miren en ese espejo.

¡En la lengua!

Anverso y reverso

Lo que va de un socialista español á un socialista alemán,

El español: «no permitiremos que el gobierno realice sus planes; nos opondremos por todos los medios posibles... é imposibles. Apelaremos á las huelgas, á las sublevaciones, á los incendios, al atentado personal; todo lo perturbaremos» (*Cualquier orador de mitin.*)

El alemán: «El obrero alemán no es un apache, y si reclama reformas sociales y económicas, lo hace sin perturbar la vida nacional, ni olvidar que hay momentos en los que crear conflictos á su propio país es más que criminal: un verdadero suicidio.»

(Palabras textuales del socialista alemán Legien.)

El laicismo y el cólera

Lo dice toda la prensa francesa, aunque lo callan los «grandes» periódicos españoles: ha ocurrido en los hospitales «laicizados» de Marsella un incidente que merece, como pocos, los honores de la publicidad y del comentario breve.

Es sabido que en el manicomio de Marsella se declararon últimamente bastantes casos de cólera morbo.

Los locos inficionados del bacilo Koch pasaron inmediatamente á las enfermerías donde hace tiempo las blancas tocas de las Hermanitas fueron canalescamente sustituidas por los azules trajes prosáicos de las enfermeras laicas.

Entrar los coléricos y declararse en huelga las *abnegadas y valientes* «demoiselles», todo fué uno: el laicismo, que no tiene entrañas, que carece de corazón, que es anticatólico, sólo puede formar eso: enfermeras de «caridad» fácil, cómoda, humana.

Y como los enfermos peligraban y la huelga crecía allá fueron llevados los locos á un hospicio abandonado, húmedo, antihigiénico... laico también... donde han muerto los unos y se están pudriendo los demás.

Nadie ha de contradecirnos si afirmamos rotundamente que esa huelga de enfermeras no hubiese ocurrido en los *ominosos* tiempos del no laicismo hospitalario, cuando las blancas tocas andaban como mansas y dulces palomas entre las tristes filas de camas apestadas.

Aquellos tiempos eran los que pasaron para no volver... hasta que Dios quiera, tiempos en que un sectarismo liberal é imbécil de gobiernos criminales no se había lanzado á toda vela por el mar del laicismo desenfrenado.

Apuntemos sencillamente el hecho y hagamos constar que en la Francia ultraprogresiva de hoy ha ocurrido un caso que nunca se ha registrado ni en la Francia anterior ni en el mundo todo.

Y aquí, como siempre, es el pueblo la víctima de la estupidez de sus tiranos.

Porque es bien claro y evidente que los grandes semidioses del judaísmo, de la masonería, de los «bloques» liberales, tienen buen cuidado, cuando se sienten enfermos, de llamar á su cabecera á esas mismas Religiosas de blancas tocas que, por culpa de ellos no pueden entregar hoy al pueblo francés los inagotables tesoros de su abnegación y de su caridad cristianas.

La *única* abnegación y la *única* caridad.

En favor de los obreros católicos

La Federación Nacional de Sindicatos Obreros, en formación, suplica á los párrocos españoles y á todos los católicos, que

siempre que sepan que algun obrero católico y vecino de sus respectivas poblaciones buen operario y de confianza, se dirija á Barcelona en busca de trabajo, le entreguen una carta de recomendación, sellada con el sello parroquial para que con ella se presente en el Secretariado nacional de los Sindicatos obreros, en dicha ciudad, calle del Duque de la Victoria, número 12.

La recomendación no deberá darse sino á favor de buenos católicos, de arraigadas convicciones.

Justas reflexiones de un obrero

Era Lucio sensato como pocos, razón por la cual, sus compañeros de trabajo recibían con aprecio sus consejos y enseñanzas. Veíase varias veces rodeado de obreros hacer durante las horas de descanso, atinadas observaciones sobre puntos de doctrina que aquellos traían á cuento en sus conversaciones. Hablando en cierta ocasión de los respetos humanos, en los que encuentran los cristianos para practicar su doctrina tan *aparente* adversario, decía: Verdaderamente que es esto ridículo y lamentable. Los judíos practican su religión á la faz del mundo, aunque por ello sean objeto de risa y menosprecio.

Cuentan de los musulmanes y moros que se dejan matar por defender lo que les enseñan sus falsos profetas y que al fin y al cabo no pasan de ser afirmaciones tontas y descabelladas, que aun á nosotros, que, no somos hombres de ciencia, nos causan risa. ¡Y nosotros los cristianos nos avergonzamos de practicar nuestra religión en presencia de *esos mismos hombres que practican la suya* siendo así que la nuestra aventaja á aquella, por ser infinitamente más sabio y santo quien nos la dió, por ser ella en sí más noble y elevada por las verdades de que se compone, por ser la *única* que puede hacer al que la practique *verdaderamente* y no solo en *apariencia* probo y honrado!

«No me avergüenzo yo de aparecer cristiano ante los judíos ó moros, dijo uno de lo que oían á Lucio, sino cuando me veo en presencia de mis compañeros de taller que no profesan religión ninguna.

«Ese público, replicó Lucio, debía de serte menos temible que el de los judíos ó moros á quienes dices no temes. La razón que te daba para probarte que debías mostrarte creyente ante aquellos, puede aplicarse á este caso, y por cierto que prueba más aquí que donde yo lo ponía. Porque sino, dime ¿se avergüenzan ellos de aparecer descreídos, ambiciosos, orgullosos, llenos de vicios, anarquistas, socialistas ó lo que sean? ¿No? Pues entonces, ¿porqué te has de avergonzar tú en aparecer creyente, humilde, virtuoso, en una palabra cristiano? ¿acaso es digno de más estima el vicioso que el hombre de costumbres sanas y morigeradas, el avaro que el misericordioso y pródigo con

sus hermanos, el descreído que el creyente? Entonces ya ves, si puedo afirmar que es verdaderamente ridículo y lamentable que no se avergüencen los malos de hacer gala de su maldad, y los buenos se retraigan de practicar la virtud por ese fantasma, más inofensivo que el *coco* de los niños, el... ¡qué dirán! de los hombres».

ALBERTO
Congregante mariano

Á VOTAR Y Á SER VOTADOS

Su Santidad León XIII, en la Encíclica *Inmortale Dei*, nos dice: «El no querer tomar parte ninguna en las *cosas públicas* sería tan malo como no querer prestarse á nada que sea de utilidad común tanto más cuánto los católicos, enseñados por la misma doctrina que profesan, están obligados á administrar las cosas con entereza y fidelidad. De lo contrario, si se están quietos y ociosos, fácilmente se apoderarán de los *asuntos públicos* personas cuya manera de pensar no ofrezca grandes esperanzas de salu-able gobierno. Lo cual estaría, por otra parte, unido con no pequeño daño de la religión cristiana, porque entonces podrían mucho los enemigos de la Iglesia y muy poco sus amigos».

De la campaña

ASI SE MUERE

En los rudos combates que nuestras tropas han venido sosteniendo en las márgenes del memorable rio Kert, testigo mudo de mil esfuerzos y valentías, se ha puesto de manifiesto que todavía alienta en muchos corazones el mismo espíritu de sacrificio, abnegación y heroísmo que siempre animó á los buenos hijos de España; se ha hecho patente que no se ha extinguido todavía la raza de aquellos campeones que arrojaban desde la muralla el acero con que se había de inmolarse á sus propios hijos; se ha visto aún quien, al sentir de cerca la muerte, ha puesto como última frase en sus labios una palabra llena de virilidad, pletórica de heroísmos, con la cual dió una soberana lección á los espíritus apocados que todo lo perciben á través del prisma de un humanitarismo fingido.

El capitán del batallón de cazadores de Segorbe, D. Sabino Quintanilla, al caer herido de muerte por el plomo rifeño, no ha tenido como última palabra un recuerdo para sus pobres hijos, no ha puesto en sus labios una tierna despedida para la mujer que allá en la Península espera amorosa su regreso, ni siquiera ha sentido deseos de que la anciana madre de nevada cabellera restañara la sangre que se escapaba de sus heridas juntamente con su vida.

Todos estos sentimientos, con ser tan nobles, tan santos, tan naturales, han sido pospuestos por el heroico oficial al sentimiento levantado del amor á su Patria, y orgulloso de ofrendar su vida en su holocausto, lleno de

satisfacción por servir de ejemplo que imitar, ha pronunciado estas palabras, dignas de pasar á la posteridad esculpadas en letras de oro, para que sean tenidas muy en cuenta por las generaciones presentes y venideras: «Así se muere».

Muerte gloriosa, muerte que ayudada por los inefables consuelos de nuestra sacrosanta Religión habrá sabido conquistar seguramente un puesto de honor en las regiones eternas. Morir así es mil veces más honroso que morir en medio del arroyo, ocupado en destrozarse con algaradas y motines el manto venerando de la Patria; más glorioso es morir así que sentir el frío precursor de la muerte sobre la cama del hospital, devorado el cuerpo por las llagas y cánceres que el vicio fué depositando en los miembros, mil veces mejor es morir por el decoro y la prosperidad de la Nación, que terminar los días en medio de un helado y desconsolador egoísmo y sintiendo quizá en el lecho del dolor las maldiciones de las víctimas inmoladas por la injusticia ó por la usura.

Aquel bravo oficial muerto por su patria y orgulloso de tal muerte debe ser una lección provechosa para nuestros inconsecuentes revolucionarios que gritan y despotrican contra la guerra, al propio tiempo que ponen ante la boca de los fusiles los pechos de crédulos obreros, alucinados por sus discursos de relumbrón; debe ser de suma ejemplaridad para los que hacen el juego ó pretenden hacerlo á nuestra siempre funesta amiga, la República francesa, que no quita su vista de Marruecos y siente la comezón de la envidia y el recelo por nuestras empresas guerreras y por la abnegación y arrojo de nuestras tropas.

A tales hombres, indignos de llamarse españoles y aptos sólo para los negocios fraudulentos, para las discordias intestinas y para la predicación de la cobardía, sólo debe contestarse cuando sollozan como débiles mujeres y lloren por la paz con el grito sublime, viril, esforzado y muy español del capitán Quintanilla: *¡Así se muere!*

ELÍAS HURTADO.

Y YO ESTARÉ MUERTO

Doblan las campanas con son funerario,
Doblan las campanas en el campanario!
Quizás pronto doblen con triste concierto:

¡Y yo estaré muerto!

Cuando por mi doblen, quizás en un día
De sol esplendente, de paz y alegría,
Irá el hortelano cantando al huerto...

¡Y yo estaré muerto!

Irá el caminante por bosques de pinos.
Por largas veredas, por largos caminos.
Verá el navegante de lejos el puerto.

¡Y yo estaré muerto!

Cuando por mi doblen con son funerario;
Cuando por mi doblen en el campanario;
Si al abrir la fosa hallo el cielo abierto.

¡Yo no estaré muerto!

FR. A. ALARCÓN.

LA TOS FERINA

Un remedio

El médico D. Benito Lozano ha inventado un prodigioso remedio contra la tos-ferina, que tantos estragos causa en la infancia.

El Sr. Lozano ha ensayado el remedio, antes de darlo al público, en tres de sus hijos, que sufrieron esta dolencia, y entusiasmado con su éxito maravilloso, en vez de explotar la fórmula como un específico, la publica para bien de todos.

He aquí el remedio:

Salicitato de metilo, dos partes

Eucaliptol, una parte

Viértanse cuatro ó cinco gramos por la noche en el dormitorio del enfermo, y la misma cantidad dos veces al día en las habitaciones en que se le tenga.

Aspirando los efluvios de esta composición, la tos-ferina se alivia casi instantáneamente y en pocos días se cura.

Si la práctica comprueba el ensayo del autor, habrá hecho un gran bien á la humanidad.

La Voz de Mondoñedo.

Charla

—Benito, ¿tú crees en el Purgatorio?

—No, señor Cura, yo no creo en tales invenciones.

Y ¿quién te ha dicho que el Purgatorio es una invención?

—Mi vecino D. Rosendo Charla, que todas las tardes me está repitiendo que él ha leído mucho y sabe mucho, y tiene averiguado como cosa cierta que el Purgatorio lo inventaron los curas para su provecho; pues del Purgatorio sacan de qué comer, y con las llamas del Purgatorio calientan su puchero.

—Pero, supongo que D. Rosendo habrá cuidado de darte las pruebas de sus afirmaciones; y decirte por ejemplo quién fué el inventor, y en que año se hizo el milagro, y quiénes fueron los primeros que divulgaron la paparrucha.

—Sr. Cura, yo no entiendo de pruebas; pero supongo que el inventor sería uno de esos curas de trastienda que se encuentran de vez en cuando; y sobre todo, cuando don Rosendo lo dice...

—Pero, hombre: figúrate que á mí se me antoja decir que tu eres un canalla que á disgustos mataste aquel ángel que tenías por esposa: ¿habrá de creermelo sin más ni más todo el mundo?

—¡Soy un hombre honrado!

—Bueno; te conozco, y sé cual es tu vida; pero quería hacerte entender que así como no bastaría en este caso que yo lo dijera, para que hubiera de ser verdad; así tampoco basta que cualquiera se ponga á despotricar contra nuestros dogmas, para que enseguida hayamos de renegar de ellos. Y quiero que sepas que en eso del Purgatorio tanto la Escritura, como la Tradición y la razón, convienen en enseñarnos su existencia.

—Pues ¿cómo dice D. Rosendo...

—Créeme, Benito: D. Rosendo podrá ser instruido en otras materias; pero ten en cuenta que no es lo mismo ser buen matemático, ó buen naturalista, ó estar al corriente de la política, que conocer bien las enseñanzas de la Religión; y te aseguro que se dan casos de personas que pasan por doctas, y sin embargo en Religión son grandes ignorantes.

—De modo que lo del Purgatorio es cosa cierta, Sr. Cura?

—Como dos y dos son cuatro; y es una necedad sostener que lo hayamos inventado nosotros, cuando centenares de años antes de Cristo ya se ofrecían sufragios por las almas del Purgatorio.

—No sabía yo que fuera tan antiguo el Purgatorio.

—Pues sí, hombre, sí; y no te digo que entonces empezara á existir, pues ya no era en aquella época cosa reciente ni nueva; sino que los hombres ofrecían sufragios por sus difuntos, como puede ofrecerlos hoy el más piadoso cristiano.

—Y ¿mandaban celebrar misas?

—Como se te conoce, Benito, que has oído más peroratas de club, que sermones de iglesia. ¿No sabes que la misa no podía celebrarse sino después de la pasión y muerte del Salvador; puesto que no es otra cosa que una renovación de la misma, hecha por encargo de Cristo mismo?

—Como decía V. que ofrecían sufragios...

—Sí; pero aquellos sufragios no podían ser el santo sacrificio de la misa. Sobre este particular debes saber que para sufragios son buenas todas las obras de piedad y caridad que practiquemos, como son la limosna que se entrega al pobre, la visita que se hace al enfermo, y las mortificaciones que se impone uno á sí mismo, por ejemplo, absteniéndose de jugar el jornal, bebiendo menos aguardiente y estando más en casa cuidando de los hijos, sobre todo si no tienen madre que cuide de educarlos...

—Sr. Cura, confieso ingenuamente que estaba en un error. Yo creía que en no habiendo misas y cirios no había sufragios.

—Pues ahora sabrás lo contrario; y tendrás un motivo más para entender que no hay razón para considerar el Purgatorio como un negocio de curas y frailes.

Y para que puedas quedar más enterado, óyeme atento un rato más.

—Lo haré con gusto.

—Bueno: ¿tu has oído nombrar á Judas Macabeo, aquel gran general tan piadoso como valiente, cuyas victorias son verdaderos prodigios?

—¿Macabeo?... Macabeo... no sé á quien se refiere V. Ya ve, Sr. Cura, yo ando algo flojillo en cosas de historia de España.

—Tu andas flojillo, y aun flojo del todo, en historia, y en otras muchas cosas en que debieras estar instruido; sobre todo en lo que se refiere á la fe y religión que debes profesar; porque para tener noticias de este caudillo de Israel, no es preciso ser muy doctos en historia, basta con haber sido algo diligentes en conocer la religión y oír las predicaciones de los sacerdotes católicos.

No se trata de algún general español, sino de un general de los Israelitas que vivió unos doscientos años antes de Jesucristo, y que defendió con bravura el honor y la religión de su pueblo.

Pues este general, después de una batalla contra Gorgias, en que perecieron muchos de sus soldados, hizo oración con todo el ejército para el eterno descanso de los que acababan de morir; y quiso además enviar á Jerusalén una limosna para que se ofrecieran sacrificios por los mismos. Indicó su pensamiento á los que le acompañaban, y convinieron en hacer entre los soldados toda una colecta para aliviar las almas de sus compañeros; pues cabalmente habían muerto en no muy buenas condiciones. Y se recogieron nada menos que doce mil dracmas de plata, como si dijéramos más de seis mil y cien pesetas.

—¿Qué magnífica colecta, señor Cura!

—¿No te parece que la oración que hicieron por los difuntos, y la limosna que entregaron, demuestran bien que tenían fe en este lugar de purificación que llamamos Purgatorio? ¿Piensas que hubieran obrado de esta manera si hubieran creído que eran inútiles sus oraciones y sus sacrificios.

—En efecto, la cosa parece clara.

—Y has de saber que la Sagrada Escritura alaba la generosa acción de aquel ejército y dice: «Es un santo y saludable pensamiento orar por los difuntos para que sean librados»

de sus culpas»; lo cual demuestra el acierto con que procedían aquellos buenos israelitas obrando como obraban.

—¡Quién había de pensarlo! Yo se lo diré á D. Rosendo.

—Y podrás añadirle que mucho antes que el Macabeo, daba muestras de la misma fe el anciano Tobías. Pues este Patriarca, verdadero modelo de padres de familia, y de hombres piadosos, ofrecía pan y vino en sacrificio sobre las sepulturas de los difuntos, rogando por su eterno descanso.

—Ah! en este caso no se puede decir que lo hayan inventado los curas.

—Junto con lo que acabo de decirte podría citarte pasajes del Evangelio de S. Mateo, y de la carta 1.^a de S. Pablo á los Corintios, donde verías confirmada la existencia del Purgatorio.

Y si abriéramos la historia eclesiástica podría hacerte ver lo que decían del Purgatorio, y lo que hacían por las almas de los difuntos, los cristianos de todos los siglos, empezando desde el siglo primero hasta el nuestro.

—No me maree, por Dios, Sr. Cura. ¿En qué rincón de mi mollera voy á poner yo todo ese material? Figúrese que cuando niño mi madre se empeñó en hacerme aprender la doctrina cristiana, y nunca llegué á decir seguidos más de seis mandamientos de la ley de Dios, pues en cuanto me salía el uno, me faltaba el otro y no pude acabar de saberlos todos; lo único que logré saberme bien de coro fué aquello de los siete pecados capitales.

—Para estos con lo que los has practicado te bastaba.

No quiero cansarte, y te hago gracia de cuanto me venía sobre nuestro asunto; sólo te diré la última palabra.

—Hace tres meses que murió tu esposa, ¿verdad?

—No me nombre V. á Juanita, que no puedo recordarla sin llorar! Aquella no era una mujer, Sr. Cura, era un ángel. Si V. la hubie-

ra conocido como yo! Cómo marchaba mi casa cuando ella vivía! Cómo andaban mis hijos de aliñaditos y compuestos! Le aseguro que jamás podré olvidar...

—Bien; y ¿te consiente tu corazón pensar que Juanita, ese *angel*, como tu la llamas con razón, pudiera bajar al infierno después de su vida pasada en el sacrificio y en el cumplimiento de su obligación?

—De ningún modo, Sr. Cura; antes al contrario, creo que su vida merece los premios de todos los santos del Paraíso.

—Pase; pero y te atreves á asegurarme, que no tenía tu esposa algún ligero defectillo, que tu mismo le encontrabas y reprendías de cuando en cuando?

—Bueno, no diré yo que no tuviera su *micajita* de genio; pero en quitando eso...

—Y con el genio te daba que sufrir un poco cuando llegabas tarde por las noches á tu casa; y te reprendía de lo lindo cuando te encontraba descuidado en el trabajo ó en el cumplimiento de tus obligaciones; y te avisaba y corregía con alguna mayor viveza de la que tu hubieras querido.

—Así es la verdad.

—Y crees que Dios, que nada manchado quiere en su gloria, no ha de exigir á tu buena esposa que antes de entrar en el Paraíso se limpie del polvo que pueda haber cogido andando por este mundo?

—Parece natural.

—Luego hemos de concluir que hay un lugar intermedio entre los tormentos del infierno y las delicias del cielo; lugar donde por algún tiempo se purifiquen las almas que siendo buenas, como la de tu esposa, merezcan sin embargo expiar sus pequeños defectos.

—No cabe duda que así ha de ser.

—Y á este lugar llamamos nosotros Purgatorio.

—... Me ha cogido, Sr. Cura.

—Tu mismo te has cogido, pues siguiendo las indicaciones de tu corazón te has visto

en la necesidad de confesar que es indispensable el Purgatorio.

—No había caído antes en eso.

—Pues que te sirva la lección; y sepas para en adelante que no han sido los curas que han inventado el Purgatorio para su conveniencia, sino Dios que lo ha creado para conveniencia de todos los hombres, y para consuelo de los que teniendo buena voluntad y llevando una vida arreglada no pueden sustraerse á ciertas debilidades propias de la humana flaqueza.

—Lo comprendo, Sr. Cura; no me seducirán más las peroratas de D. Rosendo; y créame que ahora que lo entiendo bien, veo que hay alguien que me predica esta verdad mucho mejor que los libros, y que V. mismo, y me las hace comprender con más fuerza que nadie.

—Y ¿quién es el predicador?

—Mi pobre Juanita..

FR. JUNÍPERO.

BIBLIOGRAFIA

Nuestro apreciable amigo D. Bruno del Amo nos ha remitido las cuatro últimas obras con que acaba de aumentar su acreditada Galería «Teatro Moral» donde los Colegios, de niños y niñas, Seminarios, Circulos y Patronatos de obreros tienen mucho y bueno que escoger para sus fines de instruir deleitando.

Titulanse estas obras de que hacemos mención, y que agradecemos, *Un duelo á muerte*, en un acto y en prosa.—*El octavo no mentir*. Un acto.—*Cosas de estudiantes!* Un acto.—*Hambre atrasada*. Un acto.

El precio de estas como de todas las demás es de una peseta ejemplar. Los pedidos á la Librería Católica de Gregorio del Amo.—Paz 6, Madrid. Se sirven catálogos.

¡ANUNCIANTES! no desatendais esta **Sección** que invierte sus utilidades en libretas de la Caja de Ahorros, para familias pobres: : : : : :

Monte de Piedad y Caja de Ahorros DE GIJÓN

Establecimiento benéfico bajo el protectorado del Ministerio de la Gobernación.

CALLE DE SAN ANTONIO, NÚM. 16

Monte de Piedad

Se presta sobre alhajas, ropas, efectos, muebles valores, etc., al 6 por 100 al año.—Subasta todos los primeros domingos de mes, de diez á una, y si no se concluyese, se prosigue en los domingos siguientes.—Se admiten depósitos en custodia.—Cantidad prestada en este Establecimiento en los seis años de existencia: 6.539.927 pesetas.

Caja de Ahorros del Monte de Piedad

Intereses que abono esta Caja: El 3 por 100 anual en las imposiciones reembolsables á la vista.—El 3 y medio por 100 anual á las imposiciones reembolsables á los seis meses.—El 4 por 100 anual á las imposiciones reembolsables á doce meses.—Hay libretas para poder ahorrar desde cinco céntimos de peseta, en sellos.—Ademáe se venden huchas á seis pesetas, y se alquilan á dos reales al año, para ahorrar á domicilio.—Compra y venta de valores por cuenta de los imponentes.—Cantidad ingresada en nuestra Caja de Ahorros en los seis años de existencia: 7.048.320 pesetas.

Horas de oficinas: De 9 á 12 y de 3 á 6

Fábrica de Chocolates AGUSTINA UJO.—(ASTURIAS)

Proveedora de los principales Economatos y Cooperativas de Asturias y del Economato de la Compañía de ferrocarriles del Norte.

100.000 libras de chocolate vendidas en 1910

BANCO DE CASTILLA

SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1875

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

A los Centros de Instrucción y Recreo

Obras teatrales de venta en esta Administración al precio de 1 peseta. (Certificadas 0'25 más.)

Jauja.—Juguete filosófico-social, en un acto y tres cuadros.

Meeting Socialista.—Episodio de actualidad en dos cuadros.

El Señorito.—Sátira en un acto y en verso.

Colecciones, por años, de EL AMIGO DEL POBRE á 3 pesetas.

EL DR. G. BANDIERA, de Palermo (Italia), NO PAGA LOS ANUNCIOS.

Con fecha 11 de Junio, del corriente año, recibimos orden en esta administración de anunciar en todos los números de este periódico los específicos del Doctor G. Bandiera.

Así hemos venido haciéndolo en trece números consecutivos y para cobrar el importe de dicho anuncio, hemos recurrido diferentes veces el expresado doctor, el que sin duda olvidándose de los más rudimentarios principios de educación, no se ha dignado contestar á las diferentes cartas que le hemos dirigido reclamándole lo que nos adeudaba.

Hacemos público el incorrecto modo de proceder del que se titula doctor G. Bandiera, para que nuestros colegas de Madrid y provincias tomen buena nota y no sean engañados como nosotros lo hemos sido, suplicando á dichos colegas la reproducción de este suelto para general conocimiento de la prensa toda.

Heraldo de Alcalá—12-X-1911.

Que es exactamente lo que nos ha sucedido á nosotros.

«Equivocarse acerca del verdadero Dios, es una desgracia; pero no creer en ninguno, y no adorarle, es un crimen. Vivir sin Dios, sin altar, sin oraciones, sin culto, es retrogradar más que el bárbaro, es descender más abajo del salvaje, es excomulgarse de la humanidad».

(Bougard.)

Imp. de Lino V. Sangenis.-Gijón